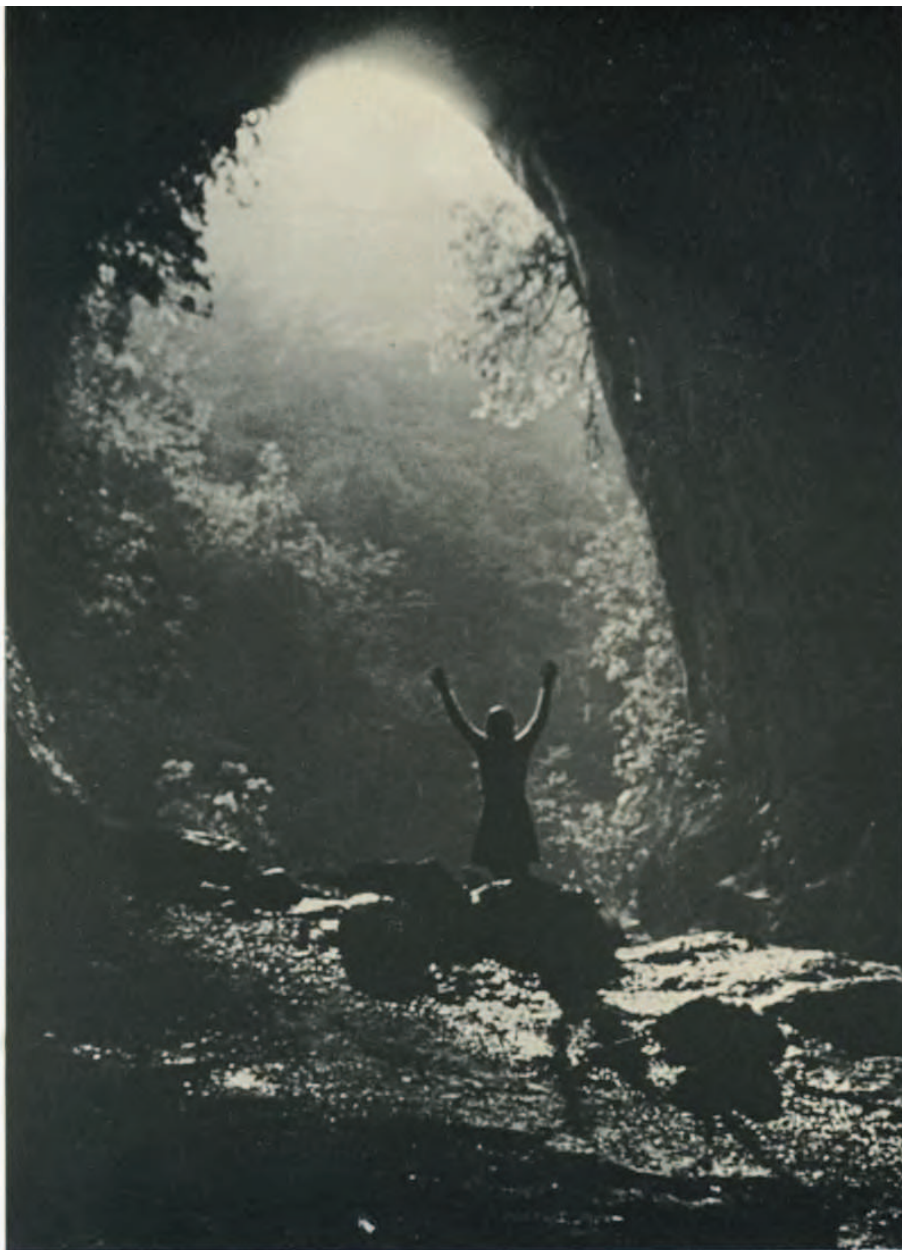


Cuevas de
Zugarramurdi.

¿UN ALQUIMISTA VASCO?

POR

SHANTI DE OARSO



La primera vez que oí hablar de la cruz cíclica de Hendaya fue en el fascinante libro de Fulcanelli **El misterio de las catedrales**. Casi al final de la obra y muy de pasada —lo que dentro del modo de escribir de este gran alquimista del siglo XX denota su importancia— se habla de la cruz de piedra que se halla adosada a uno de los muros de la parroquia de Hendaya, dispuesta, por tanto, a ser mirada o estudiada por cualquiera. La cruz es sencilla y tosca, posiblemente del siglo XVIII y muy similar a otras de los cementerios vasco-franceses. Fulcanelli, sorprendido, observa que en el texto latino de la inscripción, usual en este tipo de cruces, hay un error ortográfico voluntario que le da la llave para la comprensión esotérica del monumento. Y haciendo las interpolaciones necesarias y leyendo nuevamente según la **lengua de los dioses**, termina por traducirlo así: «Está escrito que la vida se refugia en un solo espacio».

Para el alquimista está entonces ya todo claro y se lanza a sacar conclusiones del pedestal de la cruz. En cada una de sus cuatro caras están representados el sol, la luna, una estrella y sobre la cuarta un gran círculo partido en cuatro por una cruz y con una gran A en cada cuadrante. ¿Qué significa todo esto? Sencillamente, nos encontramos ante un jeroglífico completo del

universo, con las cuatro edades del mundo, con los signos del cielo y de la tierra, del macrocosmos y del microcosmos; ante la transposición al siglo XVIII de lo que significaban el Salvador y los cuatro animales evangélicos en los tímpanos de las grandes catedrales góticas (arte gótico = ar-got = lenguaje secreto y pétreo de los alquimistas medievales); quizás ante la alusión círculo dividido por la cruz que según la mitología hindú servía para designar el ciclo completo de la evolución humana y por el cual nos halláramos en la actualidad en el **Calgugan** o cuarta y última edad, la edad de la miseria, del infortunio, de la desolación y, por tanto, de la expiación.

Es decir, en pleno siglo XVIII, en el siglo de las luces, de la Ilustración, de la Enciclopedia, del despotismo y de la frialdad, un vasco, con unos conocimientos desusados y nada frecuentes para aquella época, poseedor de unos profundos conocimientos cosmográficos y para el que los simbolismos no tenían secretos, se mantiene firme en sus creencias religiosas, filosóficas y científicas y nos lega su testamento escrito en piedra al sentir que todo se hunde a su alrededor, bombardeado por un racionalismo que del binomio ciencia-conciencia, extirpa esta última.

¿Quién fue ese hombre oscuro pero lúcido y sereno

que aislado en un pequeño pueblo, lejos de los gabinetes de física y química, de los cenáculos cultos y de las mismas reuniones de adeptos a la alquimia o a las ciencias ocultas persigue la soledad del **filósofo** y que al sentir derrumbarse su mundo recurre a un monumento pétreo para comunicarnos hasta dónde ha llegado? Las preguntas surgen ahora apresuradas: ¿Fue efectivamente un alquimista? Si es así, ¿hasta dónde llegó en el camino de la Gran Obra? ¿Fue un vasco o un judío del **ghetto** de Bayona? ¿Dejó algo más escrito o esculpido? ¿Formó alumnos o con él murió su saber, siempre en estas cosas más personal que transferible? Para ninguno de estos interrogantes hay respuesta.

Al hablar del posible vasco alquimista nos referimos, naturalmente, a un **filósofo** serio, no un farsante, a uno de los de la raza de los Avicena, Bacón, Alberto Magno, Arnaldo de Vilanova, Raimundo Lulio, Paracelso o de su contemporáneo Flamel. De los que en la obtención del oro no vieron un fin, sino una etapa más en el camino de la verdad y de la libertad supremas. De los que con las sucesivas calcinaciones, evaporaciones, disoluciones y copelaciones purificaron tanto la piedra filosofal como su alma, provisto siempre de la **paciencia sagrada**. No deja, de todos modos, de ser curioso que un alquimista eligiera el país vasco para sus transmuciones, cuando las frecuentes nieblas y brumas del litoral dificultan casi constantemente el paso de los rayos cósmicos, hoy calificados de importantes agentes transformadores. La cruz hace, en principio, rechazar la idea de que fuera un judío su autor, aun cuando es muy difícil encontrar signos cabalísticos sin hallar sangre semita tras ellos. Queda por hacer otra última pregunta: ¿Por qué en 1842 fue trasladada la cruz del cementerio de Hendaya a las cercanías de la iglesia? ¿Por no considerarla ortodoxa o porque algún desconocido adivinó su valor y la quiso colocar a la vista del viajero?

Pero la cruz cíclica de Hendaya es sólo uno de los misterios que envuelven el paso de un pueblo, el vasco, por un planeta llamado Tierra. Las tres preguntas fundamentales siguen aún en pie: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Y es que lo vasco y sus circunstancias no han tenido hasta hoy los investigadores que se merecen. Hasta la fecha, sus estudiosos han pertenecido a dos grupos: El de los santones, que con ideas preconcebidas de lo que debía ser lo vasco han querido buscar pruebas que los afirmasen, despreciando el resto, y el de los científicos, que con conocimientos y técnicas modernas han ido a por los hechos que les salieran al paso, sin juicios previos, sin equivocaciones estrepitosas, pero siempre con ideas, extrapolaciones o especulaciones cortas, de vuelo gallináceo que, en estos tiempos de granjas avi-

colas, no conducen a casi nada. Nos ha faltado y nos falta el investigador de hipótesis audaces, de imaginación disparada que, sin orejeras de fervor mesiánico o de cientifismo oficial, agrupe y relacione lo que sobre los vascos se sabe y especule después sin temor.

Un posible camino a seguir a la hora de hacer frente a todo esto, sería el dado en otro libro, éste de don Pío (Baroja, naturalmente), eternamente incomprendido hasta por sus epígonos. En él se dice que el vasco es un mundo completamente distinto y hasta opuesto al greco-romano, a la cultura mediterránea y, generalizando, a la que comúnmente se tiene por europea y en la que inconscientemente estamos inmersos. Desde esta plataforma es, quizás, desde donde pueda levantarse el vuelo. A los franceses no vascos y a los alemanes empieza a irles bien por este camino a la hora de estudiar el fenómeno cántaro, el mundo celta o la situación de la Atlántida. Y comienzan a meditar sobre lo vasco y los vascos pues adivinan la gran selva inexplorada que se abre ante ellos.

Temas por donde empezar hay muchos y se me ocurren unos cuantos a vuelapluma: Generales: Estudio profundo de la brujería y de nuestras brujas, creyendo ciertamente en sus poderes y no recurriendo a la ignorancia del pueblo para explicar su predicamento. Aplicar los descubrimientos de Leroi-Gourhan sobre las cuevas y sus pinturas y no encontrarnos al entrar en las de Santimamiñe con un estudiante que sigue contando lo de la caza y el efecto propiciatorio de los dibujos. Dejar de hacer inventarios de estaciones arqueológicas y comenzar a pensar en la civilización de los menhires, etc. Propiamente vascos: Buscar en el primitivo vasco otras manifestaciones distintas a la de bailar el **aurresku** en el plenilunio cubierto de pieles como manifestación de su espíritu mágico. Ir pensando que Aguiña es un lugar sagrado por algo más que por unos pretendidos megalitos y que convendría empezar a estudiar las corrientes telúricas y magnéticas que sobre la cima concurren. Buscar las posibles relaciones entre Toulouse y Tolosa, el oro encerrado en las catacumbas de la una y el Uz-turre cercano a la otra. La búsqueda y captura de la legendaria Venus vasca, estatuilla a la que se perdió la pista aquí, en Rentería, y que muy bien pudiera guardar alguna sorpresa. La posible relación de que ni en vascuence ni en griego exista una palabra para designar el color verde y el reciente descubrimiento de la remotísima civilización de Çatal-Huyuk en Turquía, que ignora el mismo color para sus decoraciones. Y tantos más.

¿Que todo esto no son sino fantasías? Es posible. Pero a menos de 20 km. de nosotros sigue erecta una oscura cruz a la que nadie, salvo un también oscuro y parisino alquimista, había prestado atención. Y todavía guarda su secreto a la vista de todos.



Pedestal de la cruz cíclica de Hendaya a la que se refiere el presente artículo.